

Samuel Benari

Contradicciones de las actuales teorías biológicas

(ENSAYO SOBRE EL PANSEXUALISMO)

Dudar de las actuales teorías biológicas por el solo hecho de que conducen a una serie de contradicciones, es hasta cierto punto temerario, ya que la biología moderna pretende interpretar los fenómenos biológicos y fisiológicos de acuerdo con teorías comprobables experimentalmente, a semejanza de las ciencias exactas.

Pero la verdad es que los fenómenos fisiológicos, son casi solamente cualitativos, por lo cual las leyes no pueden ser proclamadas con ese aplomo que se podría hacer si fuesen expresadas en ecuaciones matemáticas.

Condenada la Biología a experimentos exclusivamente sensibilistas y cualitativos, y provista de métodos «arcaicos», no puede compararse con las ciencias exactas. Las especulaciones de la Biología moderna, giran todavía en torno de las antiguas hipótesis, prefiriendo tolerarlas o justificarlas, pero sin edificar nuevas. Es por eso que toda nueva idea en Biología ha tardado siempre en abrirse paso y echar raíces fecundas. Tal ha pasado con la teoría microbiana, tal ha pasado con la teoría cromosómica y con el psicoanálisis. Es notable la persecución científica que han soportado estos dos últimos maestros e investigadores, es decir, Thomas Hunt Morgan y Sigmund Freud.

La verdadera causa de semejante conservantismo es una especie de petulancia que domina en las esferas de una Biolo-

gía que desea imitar los métodos esencialmente científicos, a manera de las ciencias exactas, sin haberse sacudido previamente de las influencias metafísicas.

En el presente ensayo no hago ninguna nueva hipótesis por el momento; sólo dejo constancia de las contradicciones existentes y de la imperiosa necesidad de revisar minuciosamente las actuales teorías y los actuales métodos, como lo diría Friedel. (1)

1. El concepto que tenemos sobre la vida y sobre los seres vivientes, no es un concepto absoluto. Y es que se trata de un concepto formado por el entendimiento y en gran parte por la intuición. Hemos establecido un límite y hasta ese límite hemos extendido la vida. De manera que antes de conocer la célula, es decir antes de darnos cuenta cabal de que la célula posee vitalidad y es capaz de reproducir, el concepto biológico de la vida, era más estrecho; pero en vista de que la célula cumplía con todos los requisitos y con todos los atributos de la vitalidad, hemos ensanchado las fronteras y nos empecinábamos en demostrar, que esas fronteras eran definitivas.

De pronto la aparición y la perfección del microscopio, «ha trastornado» a ciertos investigadores, quienes pretendieron ensanchar las fronteras de la vida. Me refiero al minúsculo mundo bacteriano, que aún después de haberlo descubierto, ha hecho sonreír al sabio y al filósofo del siglo pasado.

Existe, pues, un mundo invisible a simple vista, que vive una vida intensa, activísima, cuyos efectos hemos podido notar en la leche, en el azúcar, en toda fermentación; un mundo que no queríamos reconocer y que no podíamos sospechar, debido al estrechísimo concepto formado a través de siglos y siglos.

Pero también hoy volvemos a lo que hacíamos antes: demarcar definitivamente los límites de la vida, previa cláusula naturalmente, es decir, cambiando la *definición* de la vida.

Los requisitos son ahora mucho más estrictos que los de antaño. Ya no es suficiente con ciertos *rasgos de vida*, como movimiento, absorción, conservación, transformación, muerte, etc.; es necesario que los seres que son considerados por nos-

(1) Quand une théorie, après avoir produit pour le progrès de la science des fruits merveilleux, s'est ainsi légitimée et a été acceptée par la généralité des savants, le moment est venu où elle a besoin d'être soumise de nouveau à un examen attentif.

otros como vivientes, sean también capaces de reproducirse, de multiplicarse.

Resulta, pues, que la característica principal y única de los seres vivientes, consiste en poder *reproducirse*.

Reproducción, es el único certificado válido. Seres que no se reproducen, aun cuando tengan muchos rasgos de vida, no son, ni pueden considerarse como vivos: Son seres inanimados y pertenecen al mundo inanimado, insensible; pertenecen al mundo de los elementos de la materia muerta.

2. Al buscar el «Común denominador» de los seres organizados, manifiestamente vivos, es decir, al buscar una ley rígida, única, común a todas las especies, hemos tropezado con dificultades, yendo de sorpresa en sorpresa, pues toda especie tiene su modo peculiar de vida. Ni la anatomía, ni la embriología, ni la histología de las especies es común a todas las especies. Lo que para algunos seres es veneno, constituye el alimento cotidiano de otros animales. Mientras los mamíferos aspiran oxígeno y expiden anhídrido carbónico, las plantas respiran en parte a la inversa. El proceso de la fecundación es en algunos externo y en otros interno, en algunos directo y en algunos indirecto.

No existen leyes absolutas, rígidas, comunes a todas las especies ni en cuanto a la alimentación, ni en cuanto al crecimiento del ser futuro; sólo existen analogías, rasgos comunes. En cambio existen *leyes fundamentales* que rigen los destinos de la naturaleza. Y si bien no son exactamente iguales, vulgarmente idénticas, son en cambio las mismas, bajo diferentes formas y aspectos, proporcionales a las especies y sus épocas.

La *reproducción* es en los seres de vida manifestada, una ley fundamental. Todos los seres vivientes se caracterizan por el poder de multiplicación.

3. Los seres vivientes, entre otras cosas están sujetos a ciertas fuerzas que hemos denominado *instintos*. No son por cierto fuerzas exteriores, son fuerzas inherentes, ligadas a la naturaleza misma, a la constitución misma.

Dos son los instintos fundamentales de estos seres: el instinto de la *conservación propia* y el instinto de la *conservación de la especie*.

La lucha por la existencia, que es un fenómeno egoísta y

unipersonal, lo explicamos por el *instinto de la conservación propia*.

Esta lucha con toda su mezquindad y toda su grandeza, se manifiesta a través de múltiples aspectos, desde su estado embrionario, y nos es relativamente fácil reconocer o distinguir las huellas que corresponden a las actividades de este instinto. Y así notamos que los seres se defienden y se oponen, contra todo lo que les impide la manera de ser y vivir; y cuando son incapaces de luchar contra el «enemigo» prefieren adaptarse a las circunstancias, al medio ambiente, antes de perecer. Se asimilan, se adaptan en tanto les permiten las circunstancias; y podemos contemplar una enorme cantidad de seres que adquieren diferente «modus vivendi», aferrándose a la vida.

La adaptación al medio ambiente, es también una manera de defenderse en la lucha por la existencia, y que tiene su origen en la conservación propia. No me refiero a la simbiosis entre vegetales, ni a la asociación de plantas y animales o de vegetales autótrofos y eterótrofos, ni tampoco a las asociaciones entre animales de la misma o diferente especie, como por ejemplo, el parasitismo, inquilinismo, etc., sino a la adquisición de nuevas costumbres, que bajo nuevas circunstancias se hacen útiles, y a la atrofia de ciertos órganos, que bajo nuevas circunstancias, se hacen inútiles.

Si este fenómeno lo trasladamos al ser complejo, donde intervienen multitud de células y circunstancias, notaremos que también ahí existe cierta correlación orgánica, cierta adaptación que hace apto al ser en su conjunto para su existencia y regeneración.

Sin embargo, este instinto de *conservación propia*, cede ante el instinto de la *conservación de la especie*, es decir, este último instinto prima sobre el primero.

Si la lucha por la existencia, con toda su tremenda mezquindad y con toda su sublime grandeza, está directamente relacionada con el instinto de la conservación propia, la *procreación* y el *deseo de perpetuarse* están relacionados con el instinto de la conservación de la especie, a costa de la vida propia.

Pero con todo, ninguno de los dos instintos tiene algo común con lo que Freud llama «instinto de la muerte», porque los dos son fases de la vida. Por lo cual quisiera que no se confundiera el presente ensayo con el de Freud, que como se verá difiere fundamentalmente.

4. Una vez más, hemos vuelto a hablar sobre la principal característica de la materia anímica: la reproducción, la procreación, la multiplicación o la perpetuación de la especie.

Existe cierta energía que mueve los invisibles engranajes de los seres vivientes, denominada *energía sexual*; y existe cierto mecanismo o sistema por medio del cual la especie se perpetúa y que hemos llamado *fecundación*.

Cualquiera que sea la teoría sexual, la de Adler, la de Jung o la de Freud, ella ha de asignar a la energía sexual un papel preponderante y dominante en toda la materia anímica.

«Basta — dice Ribing — con dirigir una mirada superficial a la naturaleza viva que nos rodea, para convencerse de la importancia infinita de los procesos de la vida sexual. Sólo para servir los intereses de la reproducción florecen los lirios en los campos y las rosas en los jardines. Sólo a causa de este poderoso motor, de cuanto palpita, trina el ruiseñor en la arboleda y canta la alondra en el nido. Toda la belleza, todo el esplendor, la rica gama de colores con que la naturaleza viviente nos seduce y enamora, ha nacido, se ha perfeccionado y desarrollado cada vez con más plenitud, gracias a los fenómenos de la vida sexual.»

Todo hace creer que el sexualismo es el principal motor de nuestra existencia y «fenómeno fundamental y central de la naturaleza viva», como exclama el Prof. Nemiloff.

Pero. . . . luego todos los biólogos modernos, incluso Nemiloff se contradicen y consideran que ese «poderoso motor» y «fenómeno central y fundamental de la naturaleza viviente» es sólo privilegio de los pluricelulares y llegan a la conclusión de que la reproducción es en parte *sexual* en la naturaleza viviente y es *asexual* en otra parte de la naturaleza viviente; en una palabra existe procreación asexual o agámica. ¡Asexual en el más amplio sentido de la palabra!

Y la sexualidad queda relegada entonces a segundo plano, y aparece en la naturaleza por *mera casualidad*.

Esta es la primera contradicción de las actuales teorías biológicas.

5. El ser monocelular se perpetúa sin la intervención de fuerzas sexuales, por el simple hecho de que nada revela la existencia de sexualidad en él, es decir, nosotros no tenemos el honor de comprobar indicios de sexualidad y, por lo tanto, científicamente hablando, los seres monocelulares son asexuales,

en el más amplio y en el más estricto sentido de la palabra. Es verdad, que sin la intervención de energías sexuales, no hay fecundación, y sin fecundación no hay procreación, pero como los monocelulares no entienden de biología y sin embargo se procrean, hemos debido aceptar esta excepción y declarar sencillamente que ni la *sexualidad* ni la *fecundación* son archifenómenos de la naturaleza viviente.

El ser monocelular se reproduce por sí solo. Y cosa curiosa: se parte en dos, se convierte en dos seres nuevos a costa de sí mismo; perece sin oponer resistencia, ¡qué digo, voluntariamente! Se convierte en dos individuos diferentes, que luchan por separado, se alimentan por separado, y crecen por separado, para volver a dividirse.

Para solidificar semejante teoría *asexual*, hemos acudido a una palabra mágica: El Genio de la especie, dependiente del instinto de la Conservación de la especie; además a una teoría mecanicista de las superficies.

Veamos. El ser monocelular se alimenta y crece. Llega un momento en que los alimentos no alcanzan a llegar al núcleo y el ser se ve amenazado de morir de «asfixia». Pero al morir el ser, desaparecería con él la especie, y entonces acude milagrosamente el Genio de la especie y lo hace dividirse en dos partes, dándole a cada parte, un trozo de núcleo.

Además, en vista de que los volúmenes crecen en razón del cubo y las superficies crecen en razón al cuadrado, llega un momento en que se produce el desequilibrio; es justamente el momento en que acude el Genio de la especie y entonces por desequilibrio, el ser comienza a dividirse y, se divide justamente por la mitad.

¡De qué manera los materialistas dialécticos se han reconciliado con esta teoría mecanicista de superficies, es un misterio!

Mayor extrañeza causa comprender a los vitalistas, los que también han aceptado esta teoría mecanicista de desequilibrio de las superficies, cuando todo indica que la división de la célula emana de fuerzas interiores, muy ajenas a las fuerzas físicas, y más compatibles, con fuerzas físico - químicas.

6. Durante mucho tiempo creíamos que el núcleo presidía las fuerzas directrices de la célula y sabíamos que el aumento del núcleo tiene como consecuencia el aumento del cuerpo citoplasmático. Pero en el momento en que ha de produ-

cirse la división, aparece por lo general en el citoplasma un *centrosoma* que le usurpa la presidencia al núcleo y lo relega a segundo orden. La acción del centrosoma o centriolo es tan evidente, que algunos biólogos lo consideraron como el verdadero centro de la célula, por lo cual lo bautizaron con el nombre de microcentro. Otros, entre ellos Van Beneden y Boveri, sostuvieron el concepto de la constancia y permanencia del centrosoma como órgano celular. Aun cuando ello es solamente probable, lo cierto es que el núcleo preside las actividades de la célula hasta cierta época, la época «predivisoria». Y cuando la célula está en vías de dividirse, de procrear, entonces es el centrosoma el que preside las actividades. En una palabra, nótase claramente que la división o la procreación emana más bien del interior de la célula y que el desequilibrio entre la superficie, que crece en razón al cuadrado y el volumen que crece en razón del cubo, es más efecto que causa.

Por otra parte, a raíz de los experimentos de Maupas sobre diversos infusorios, se ha supuesto que la reproducción por división llega a degenerarse y conduciría a la muerte del infusorio, si no interviniese oportunamente la *conjugación*. Esta forma es con seguridad un antecedente de la procreación sexual, pero no tiene aun nada que ver con la multiplicación y se limita a la mezcla de las substancias de ambos individuos (*Amphimixis*).

Esta degeneración fisiológica de los infusorios, como determinante de la alteración de los procesos de división y de conjugación, se debería al desfavorable medio ambiente. Pero aun cuando así fuere, ¿acaso han dejado de crecer las superficies en razón al cuadrado y los volúmenes en razón al cubo? Y cuando después de la *amphimixis*, los infusorios han rejuvenecido, entonces también rejuvenece la teoría de las superficies? ¿Quién obra sobre quién? ¿Qué es esencial en este fenómeno, la *amphimixis* o el desequilibrio entre superficies y volúmenes?.....

7. La *asexualidad* completa de los unicelulares, lejos de proyectar luz, entorpece más bien todos los caminos que conducen a la verdad. *Asexualidad* y *sexualidad*, son dos mundos fundamentalmente diferentes y no han podido ser encajados con la debida claridad — con esa claridad que exige el moderno concepto científico — dentro del mundo viviente. Son dos mundos entre los cuales no es posible hallar una franja de firme unión, sino un abismo que separa *todos los fenómenos fundamentales* en dos aspectos diferentes: diferentes para los unice-

lulares y diferentes para los multicelulares. Ningún vitalista podrá jamás reconciliar las actuales teorías biológicas con su filosofía; en cambio serán más compatibles con las teorías marxistas, debido a que la filosofía del materialismo dialéctico podría *encajarlas a la fuerza*, pero con todo, la *asexualidad* y la *sexualidad* como fenómenos de la materia viviente, no resisten la crítica de ninguna de las dos filosofías.

«Una de las concepciones — dice Freud — despoja al problema de la procreación, de su misterioso atractivo, presentando dicha función como un fenómeno parcial del crecimiento. (Multiplicación por escisiparidad y gemación). La génesis de la reproducción por células germinativas sexualmente diferenciadas, podríamos representárnosla conforme al tímido modo de pensar darwiniano, suponiendo que la ventaja de la amixis resultante de la cópula casual de dos protozoarios fué conservada y utilizada en la evolución subsiguiente. El «sexo» no sería pues, muy antiguo, y los instintos extraordinariamente violentos que impulsan a la unión sexual, repitieron, al hacerlo, algo que había sucedido una vez casualmente y que desde entonces quedó fijado como ventajoso.» («Más allá del principio del placer».)

A medida que se sigue experimentando y especulando sobre la *sexualidad* y la *asexualidad*, se multiplican las contradicciones. Cada nuevo descubrimiento, se estrella contra la dualidad de las actuales teorías.

Cualquier hipótesis sobre la procreación, ha debido *acomodarse* previamente, a fin de subsistir y resistir a la realidad «científica».

«Es tan poco lo que la ciencia nos dice sobre la génesis de la sexualidad, — exclama Freud — que puede compararse este problema con unas profundísimas tinieblas en las que no ha penetrado aun el rayo de luz de una hipótesis.» («Más allá del principio del placer».)

8. Las primeras dificultades y contradicciones han surgido a raíz de las teorías de Weissmann.

Soma y plasma germinativo, tal es la esencia de sus obras. ¡Maravillosa teoría sobre la inmortalidad potencial de la materia anímica! ¡Magnífica visión del instinto de la conservación de la especie! ¡Pero todo el edificio se estremeció al tratar de los protozoarios!

Weissmann reconoce un componente destinado a la muerte:

el soma, o sea el cuerpo despojado de la materia sexual y hereditaria; y otro componente inmortal, constituido por aquel plasma germinativo que sirve a la conservación de la especie, a la procreación.

Al llegar a los unicelulares Weissmann trata de romper la valla, pero no lo hace, o sencillamente no logra vencer las dificultades, por cuanto tendría que destruir todo el antiguo edificio de las teorías biológicas vigentes. Se rinde ante la «evidencia», pues no «considera válida la diferenciación de soma mortal y plasma germinativo imperecedero, más que para los organismos multicelulares. Admite que, en los animales unicelulares, son todavía el individuo y célula procreativa *una y la misma cosa*.

De manera que los unicelulares son potencialmente inmortales; la muerte no aparecería hasta los metazoarios. («Ueber die Dauer des Lebens»; «Ueber Leben und Tod»; «Das Keimplasma».)

La discusión motivada por las teorías de Weissmann se ha concentrado sobre determinados problemas y ha seguido siempre la misma dirección.

Se trataba de comprobar experimentalmente la afirmada inmortalidad de los unicelulares. Y en este sentido, Enriques y Dawson, han logrado grandes triunfos. Este último ha obtenido durante más de dos años generaciones del ciliado oxytricha hymenostoma, sin la intervención de la conjugación. Hartmann logró obtener 1,300 generaciones de eudonina elegans, durante cinco años, también sin la intervención de la conjugación. Woodruff cambiando continuamente el líquido ha llegado hasta la generación 3,029. El último descendiente del primer infusorio no mostraba señal alguna de vejez o degeneración.

Quedaba demostrado, como sostenía Alejandro Lipschutz, la potencial inmortalidad de los protozoarios. («Warum wir sterben».)

Si esto es en efecto así, entonces hay razón de suponer que el infusorio es en sí y por sí, célula germinativa, por cuanto sólo ella presenta tales cualidades.

Y aquí surge nuevamente la contradicción: ¿cómo hablar de *asexualidad*, cómo concebir una *asexualidad* en un ser que es íntegramente *sexual*? ¡Un ser potencialmente inmortal, donde el soma y el germinoplasma se confunden, donde todo es *sexualidad*, se reproduce ASEXUALMENTE! ¿Es esto concebible?

9. Deliberadamente omito una forma superior de procreación, cual es, la carioquinesis y me he de detener un solo instante sobre la partenogénesis. Este fenómeno sospechado ya por Aristóteles y comprobado por Carlos Bonnet, ha sido interpretado de diversas maneras. Ninguna empero ha logrado ser convincente. Esta clase de reproducción no puede llamarse *asexual*, ya que desde luego interviene con toda seguridad una de las partes: *el óvulo*.

El cuidadoso estudio citológico ha demostrado que no es posible considerar la partenogénesis como una simple modalidad de la *multiplicación asexual* o una gemación interna como lo sostenía Von Siebold. A su vez estamos todos de acuerdo de que la partenogénesis o reproducción virginal, es superior en forma y grado a la conjugación de los infusorios. Sin embargo, hablamos de *reproducción virginal*, de una reproducción infecundada, pero *sexual* al mismo tiempo. Es verdad, la mayoría no quiere reconciliarse con la idea de una reproducción sexual y al mismo tiempo no fecundada; intuitivamente se admite el caso de auto - fecundación. ¿Pero auto - fecundación, en qué forma? ¿Qué fuerza o qué energía obra sobre el óvulo?

Ya hemos admitido una excepción, al tratar de los protistos; hemos aceptado una *procreación* en la que no interviene, ni la *sexualidad*, ni la *fecundación*. Ahora tendríamos que aceptar la existencia de una sexualidad parcial. Se trataría de un óvulo, el cual se fecunda solo. Me parece desde luego muy poco convincente y menos aun, sin que siquiera exista una hipótesis que nuestra experiencia nos presente como viable.

Así las cosas, no nos quedaba otro camino que admitir todas estas excepciones y hacer caso omiso a las contradicciones. Servilmente, nos hemos acostumbrado a repetir lo que se nos ha enseñado y lo que hemos aprendido. El estado incierto y confuso de fenómenos de la materia viviente, que parecen ser *fundamentales* y no lo son, que lógicamente deben ser *archifenómenos* y que, *científicamente* no lo son, ha resultado ser cómodo en el fondo. Es cómodo por muchas razones; primero porque todas las contradicciones y excepciones pueden ser «encajadas a la fuerza» en cualquier teoría y en cualquier filosofía; luego porque es más cómodo repetir lo que se nos ha enseñado, sin exponerse, por cierto a críticas justificadas o no justificadas. . . . Y finalmente, ningún experimento o hecho, ha revelado la existencia de energías sexuales en los unicelulares, por lo cual nunca nos atrevíamos a pensar en la existencia

de sexualismo en los protistos, a fin de no pecar de anticientíficos.

9. Freud que ha profundizado, tal vez más que cualquier otro, el problema sexual, ha tropezado a menudo con las contradicciones más arriba mencionadas. Pero él ha dirigido sus investigaciones en otras direcciones y aparentemente no le estorbaban. Sin embargo, en más de una ocasión, se detenía largamente a «filosofar» sobre las «extrañas» excepciones de la materia anímica.

Al tratar sobre los instintos de la vida y de la muerte, en concomitancia con la sexualidad, Freud exclama intuitivamente:

«Surge aquí, como antes, la cuestión de si en los *protozoarios* no ha de suponerse existente nada más que lo que *muestran a nuestros ojos* o si *puede sospecharse que fuerzas y procesos, que no se hacen visibles* sino en los animales superiores, han surgido por vez primera también en los primeros.»

Por otra parte, tanto «la psicología analítica» de Jung como el «psicoanálisis» de Freud, reconocen la existencia de la libido en el Yo. Sólo que la concepción de Freud es dualista y la de Jung es monista.

Freud ya no pudo reconciliar el *antiguo dualismo* de los instintos del Yo e instintos sexuales, y se ve obligado a crear un nuevo dualismo e introduce hábilmente un *quantum sexual* o libidoquantum. «El Yo pasó, por lo tanto —según se expresa el mismo Freud— a ocupar un puesto entre los objetos sexuales y fué reconocido en el acto como el más significado de ellos. Cuando la libido permanecía así en el Yo, se la denominó narcisista. Esta libido narcisista era también, naturalmente, la exteriorización de energía de instintos sexuales en el sentido analítico, instintos que hubo que identificar con los *instintos de conservación* reconocidos desde el primer momento. Estos descubrimientos demostraron la *insuficiencia de la dualidad primitiva de instintos del Yo e instintos sexuales.*»

Pero Freud no se desliga por completo; sólo que reconoce la existencia de un *quantum sexual*, cuya representación psíquica denomina Libido del Yo. (Ichlibido.)

A pesar de tanta cautela, Adler lo capta al vuelo y comprende que se está atentando contra las actuales teorías biológicas.

«Si se traduce la palabra libido por la noción tan amplia

y tan vaga del amor — dice el creador de la «Psicología individual» — se puede, manejando con habilidad ambos términos, llegar a explicar todo el funcionamiento cósmico como de naturaleza libidinosa.» («Ueber den nervoese Charakter»).

La observación de Adler es absolutamente correcta. Pero esto no atentaría contra las teorías de Freud, sino contra las actuales teorías biológicas. La Psicoanálisis con el neo-dualismo de Freud conduce, muy a pesar de Adler y tal vez muy a pesar de Freud a un PANSEXUALISMO.

Desde luego los instintos de conservación, no son tan puros como se nos ha enseñado.

«Debemos acentuar—dice nuevamente Freud—tanto más el carácter libidinoso de los instintos de conservación, cuanto que osamos ahora dar un paso más, reconociendo en el instinto sexual el «eros» que todo lo conserva, y derivando la libido narcista del Yo, de las aportaciones de libido con las que se mantienen unidas las células del soma.

Pero aquí nos hallamos de repente ante una nueva interrogación: Si también los instintos de conservación son de naturaleza libidinosa, no existirán entonces sino instintos libidinosos. Por lo menos no se descubren otros. Mas entonces habrá que dar la razón a los críticos, que desde un principio sospecharon que la psicoanálisis lo explicaba todo por la sexualidad, o a los innovadores como Jung, que decidieron sin más ni más emplear el término libido en el sentido de «fuerza instintiva». («Más allá del principio del placer»).

Sea como sea, Freud se mantiene en su neo-dualismo haciendo diferencia entre los instintos. Su controversia con Jung o con Adler, no nos interesa por el momento. Sólo sabemos que reconoce y ha debido reconocer la existencia del *instinto de la sexualidad* en toda la materia viviente.

Los protistos ya no pueden escaparse a esta ley; también ellos están sujetos al mismo instinto sexual. Prueba de ello es que recurren a la amphimixis. No es posible sostener que un instinto se pueda adquirir «repentinamente». Y entonces ¿cómo reconciliar la absoluta *asexualidad*, sabiendo la existencia de *instintos sexuales*?

Es evidente; si reconocemos instintos sexuales en los unicelulares, o un quantum sexual, o como quiera llamarse el fenómeno potencial latente sexual, no podemos ya hablar de *asexualidad*.

Siendo subordinados a instintos sexuales, la procreación de los unicelulares debe ser SEXUAL.

¿Cuáles son los medios? Esto es materia aparte. No se trata aquí ni de órganos sexuales, ni de gametos diferenciados, sino simplemente de agentes sexuales o móviles sexuales que obran desde el interior y son causa de la división.

La moderna psicología médica conduce por clarísima senda hacia el PANSEXUALISMO, no del Cosmos, como teme Adler, sino por lo menos, hacia el *pansexualismo de la materia viviente*.

10. En los seres inferiores, donde ya existen gametos diferenciados y donde la procreación se lleva a efecto previa fecundación, los espermios y los óvulos han sido estudiados hasta agotar todos los recursos al alcance de la ciencia. Sabíamos entonces que los espermios tenían tales y tales aspectos, tales y tales propiedades. Conocíamos su composición, su comportamiento, su cualidad físico-química, su cualidad bioquímica, etc., etc. Conocíamos además la manera, la forma en que han de cumplir con sus deberes o misiones; conocíamos el objeto de la existencia de los espermios. Sabíamos que su misión es acercarse al óvulo, penetrarlo y por consiguiente fecundarlo, poniendo en marcha los invisibles engranajes de lo que llamamos fenómeno de procreación. Lo mismo sabíamos del óvulo y el papel que le corresponde en este juego.

De pronto los experimentos de Loeb y de Delage, demostraron que en ciertos seres inferiores se puede prescindir del espermio y siempre la partenogénesis se ha de producir. Que basta un pinchazo, o agitación, o un baño en ciertas sales y la partenogénesis sigue su curso. Que el óvulo se basta a sí mismo, que puede ser fecundado sin la intervención del espermatozoo.

No necesito recordar la manera en que la prensa ha explotado estos curiosos y trascendentales experimentos. Una feminista «sexóloga» ha llegado a la conclusión de que ello demuestra que la mujer vale más que el hombre, ya que el espermatozoo, no hace sino un papel secundario.

¿Pero qué explicación viable nos han legado los biólogos? Ninguna en el fondo. Se ha dicho que basta *excitar* el óvulo, a fin de que la partenogénesis se lleve a efecto. ¿Excitar? ¿Y qué es la excitación? ¿En qué forma se lleva a efecto, en qué consiste? ¡Cualquiera puede escribir un libro de cien páginas sobre lo que sería la excitación! ¡Con decir excitación no se explica nada. Ahora resulta que los espermios existen en la

naturaleza con el exclusivo fin de excitar a los óvulos. Pero ¿qué monstruosidades estamos enseñando a la gente!

¿Tal vez se trata de alteraciones iónicas? Hay quienes creen así. Pero habría que saber qué clase de iones entran en juego y en qué forma actúan; de qué naturaleza son: negativos, positivos. Pero hablar por hablar, inventar palabras no es interpretar los experimentos. Para algo existen los espermios en la naturaleza y si son reemplazables, busquemos aquel algo que los reemplaza. No creo que pueda reemplazarlos la palabra *excitación* que pertenece al mundo psicológico o metapsicológico. Alteración iónica es también una palabra vaga, es un fenómeno electromagnético. Si se nos dijera que ciertos iones tales y tales, producidos en tal y tal forma reemplazan a los espermios en ciertos seres inferiores habríamos podido comprender o admitir. Mas, ninguna investigación seria se ha hecho en tal sentido.

Llegamos pues a la conclusión que tal como están las actuales teorías biológicas, concomitantes con el fenómeno de la sexualidad, de la procreación, de los instintos sexuales y de la división asexual de los unicelulares conducen sólo a contradicciones irreconciliables.